

ro visitó estas regiones, no dejó de asombrarme cuando recibí la targeta que hizo ella subir para saber si estábamos en disposición de recibirla. Mayor fué mi sorpresa al encontrar que á despecho de los años y de los surcos que el tiempo tiene á bien hacer en los mas amables rostros, conserva la *Guera* todavía abundantes bucles rubios sin una sola cana, una blanca y hermosa dentadura, ojos muy preciosos y mucha vivacidad.

Su hermana la marquesa de Uluapa que murió últimamente, era tambien, á lo que dicen muger de gran talento y extraordinaria soltura en la conversacion. Ved aquí otra dama de la antigua nobleza que ha desaparecido. El médico que la asistió en su última enfermedad, cierto frances, llamado Plan, que goza aquí de grande reputacion, ha presentado á los albaceas de la señora una cuenta que asciende á diez mil pesos, y que á pesar de no haber absolutamente causado mucho asombro, rebuñsa la familia pagarla, de lo cual ha resultado un proceso. Las extorsiones de los médicos en México, con especialidad las de los extranjeros, han llegado á tal extremo, que una persona de mediana fortuna debe medir mucho antes de ponerse en sus manos. (*) Una señora vieja, rica y de salud delicada, que no tenga una enfermedad grave, es para ellos un tesoro mas seguro que una mina de plata.

Es la *Guera* muger muy agradable y una verdadera crónica ambulante „está casada en terceras nupcias y ha tenido tres hijas, todas hermosuras célebres; la Condesa de Regla, que murió en Nueva-York, y fué enterrada en la catedral de aquella ciudad, la marquesa de Guadalupe, tambien difunta y la marquesa de A—o que vive aun y es una hermosa viuda. Hablamos de Humboldt y haciendo ella mencion de sí misma como si fuera de tercera persona, me refirió todos los pormenores de la primera visita del baron y la admiracion que ella le causó; que era entonces muy jóven, aunque ya casada y con dos niños, que cuando Humboldt vino á ver á su madre, estaba ella sentada costiendo en un rincón donde él no llegó á verla hasta que conversando seriamente sobre la cochinita, preguntó si

(*) El gobierno mexicano ha tomado posteriormente en consideracion este negocio, y segun el reglamento que está formando, necesita un médico de cierto grado de conocimiento y de haber residido en la capital por un tiempo fijo, antes de que se le permita ejercer su facultad. Igualmente se ocupa el gobierno en formar un arancel para los médicos.

podria visitar cierto distrito en que habia un plantío de nopales, á lo que respondió la *Guera* desde su rincón.—„Ciertamente que sí y podemos llevar allá al Sr. Humboldt.—Echándola de ver entonces el baron, se quedó pasmado y exclamó al fin, „Válgame Dios! Quien es esa jóven? Despues de esta ocurrencia estaba constantemente con ella, quedando, segun se dice, mas prendado de su talento que de su hermosura, y considerándola como una especie de madama de Staël occidental. Todo esto me induce á sospechar que tan grave viagero quedó considerablemente fascinado y que ni montes, ni minas, ni geologia, ni geografia, ni conchas petrificadas, ni alpenkalkstein, letenian tan ocupado que no dejasen una ligera capa de amabilidad. Es un consuelo pensar que „á veces dormita aun el gran Humboldt.

Una de las anécdotas de la *Guera* es demasiado original para que la pase yo por alto. Habiendo muerto en México una dama de alta gerarquía, quisieron sus deudos que fuese á su última morada, segun la moda entonces dominante, es decir con el trage mas suntuoso, que era el que habia estrenado el dia de su boda, y que, aun para México era de un lujo prodigioso. Era del mas fino encaje, la guarnicion de una especie de punto que costaba 50 pesos la vara, y adornado de trecho en trecho con moños de liston ricamente bordados de oro (no habia otro igual). Así fué colocada en su atahud la condesa de—, habiendo concurrido muchos queridos amigos para ver su hermoso *vestido fúnebre*. Finalmente fué depositada en su sepulcro, cuya llave fué entregada al sacristan.

Pasar de la huesa á la ópera es una transicion muy violenta; no obstante, ambas tienen que hacer en esta historia. Apareció en México una compañía de danzantes franceses, no de primero, sino de vigésimo orden, y la ballarina en gefe era una francesita, que se distinguia por lo alto de sus tunicelas, por su coqueleria y sus asombrosas piruetas. Cierta noche en que la señorita Paulina iba á ejecutar un paso favorito, se presentó al público haciendo una série de cabriolas y descansando sobre el dedo gordo del pié, miraba en su rededor pidiendo aplauso, cuando repentinamente se dejó oír en la concurrencia un grito de horror acompañado de un murmullo de indignacion. ¡Paulina estaba ataviada con el mismo traje con que la difunta condesa fué enterrada! Encaje, guarnicion, listones bordados de oro; imposible era

equivocarlo. Apenas cayó el telon cuando la ballarina se vió rodeada de autoridades competentes, que la interrogaron sobre el modo como habia comprado el vestido. Respondió ella que lo habia comprado sumamente caro á una modista francesa que habia en México, y que lejos de haber despojado algun sepulcro habia pagado el valor de su vestido en onzas de oro. Se dirigió la justicia á la habitacion de la modista, quien resultó así mismo inocente, pues lo habia comprado á uno que habia venido á proponérselo y lo pagó mas que á peso de oro, lo que efectivamente valia. A fuerza de averiguaciones se identificó al hombre susodicho y se probó que era el sacristan de San—. ¡Qué estúpido sacristan! Fué prendido y encarcelado, pero de su codicia resultó un bien, pues para evitar en adelante semejantes tentaciones á los futuros sacristanes, se volvió costumbre vestir á los muertos con magnificas ropas y dejarlos así algun tiempo, mas teniendo cuidado de sus tituirlos con otros sencillos antes de depositar-

los en las bóvedas.—¡Miserable vanidad des-pues de todo!

Una señora de esta ciudad me ha contado que cuando murió un nieta suyo, no solamente fué envuelto en rico encaje, sino que los diamantes de tres condesas y cuatro marquesas, despues de remidos fueron colocados sobre él. Collares, brazaletes, sortijas, broches, y diademas, valiosos todo varios centenares de miles de pesos. Se pusieron cortinas en las calles y estaba tocando una banda de músicos, mientras que los parientes titulados venian á visitarle y presenciar tan fúnebre esplendor. ¡Pobre niño! Le lloró su madre como al último vástago de una noble casa, como á su esperanza postrimera que vió desvanecida. Es cierto que el dolor se manifiesta de mil modos, mas pudiera pensarse que cuando busca consuelo en la ostentacion, ha de ser menos intenso que cuando huye de ella.

(Trad. por L. M. de C.)

UNA NOCHE.

Oscura y triste es la noche,
Cual de infeliz la esperanza,
Aírado el cielo retruena,
El aire en las nubes brama.

Parece que el fin del mundo
La tempestad amenaza,
Y mientras el hombre duerme
La muerte vela en su guarda.

Medroso el buho se oculta,
Y si osa asomar la cara,
La luz del rayo fulgura
Y lo deslumbra y lo espanta.

Nada se mueve: en sosiego
Toda la noche se halla.

¡O ciudad de asombro llena,
Precursora de desgracias!

La borrasca se disipa
El viento abate sus alas
Y de agua un raudal torrente
Por cada canal se lanza.

Todas las calles se anegan,
Y los templos y las casas

Palacios de hadas parecen
Naciendo de entre las aguas.

Al monótono ruidido
De la lluvia y granizada
Se mezcla el tétrico son
De alguna triste campana
Que anuncia al hombre las horas
¡Horas terribles y amargas,

Para el insomne infeliz
Cuitado por la desgracia!
Horas robadas al sueño

Por el que piensa en su amada,
Y que las cuenta escribiéndole
Alguna amorosa carta,

O que el agiotista torpe
Alegre en orgías pasa,
Y sofoca su conciencia
Con el humo de la crápula.

Horas en que el mandarín
Piensa, infame, de su patria
Remachar la vil cadena
Que la ambición le prepara.

Horas en que.... pero ya
De tanta digresion basta,
Horas en fin en que todos
Hacen lo que les agrada
Unos duermen y sueñan,
O rien à carcajadas
Y cada uno lo que quiera
Puede hacer muy á sus anchas.
Volvamos, pues á la noche
Que está ya casi olvidada.
¡Maldita imaginacion
Que tan lejos nos arrastra!
Decía yo que el reloj
Ya la horas anunciaba
Del descanso y del fastidio,
De los duendes y las hadas.
Horas en que la alma en pena
Deja las tristes estancias
De los muertos, y visita
Esta vida mentecata.
Horas en que Lucifer
Tienta las almas en gracia,
Y en que con cera el travieso
Anda pegando pestañas.
Horas en que las doncellas
En su recato fiadas,
Yntroducen los amantes
Adentro de sus recámaras.
Horas en que...ya otra vez
Me he distraído en soñamas?
¡Malditas sean las horas
Que tanto así me divagan!
Olvidarémoslas ya
Si no vuelvo á las andadas,
Y seguiré con mi noche
Hasta ver en lo que para.
Sonó el reloj y á lo lejos
Sobre de una inmensa charca
Se oyó un ahullido espantoso
Cual de infernal algazara,
Capaz de imponer pavor
Aun á las precitas almas;
Que arredrara á Belzebú
Si Belzebú lo escuchara.
Voz crispante y melancólica,
Tétrica y desentonada
Que lleva el viento en sus pliegues
Y repiten las montañas.
Voz del hombre agonizante,
Que en los campos de batalla
Rota la cárcel del pecho
Se exhala por la garganta.
Voz terrible de anatema,
Preámbulo de la venganza
Que ya está al hombre rebelde
Ab eterno aparejada.

Voz del que.... ¡maldita voz,
Aullido ó como se llama!
¿Quien creyera que esta voz
Tan de quicio me sacara?
Se oyó esta voz, voz terrible,
Y al punto vese en el agua
Un monstruo (tal vez marino)
Que con toda prisa nada.
Como en la estensa llanura,
Por los perros fatigada
Vuela la afligida corza
Huyendo de fuego y balas.
O mas bien, como el bajel
Al que dá caza el pirata
Vira y se lanza veloz
A la mas cercana playa,
Rizando en cándida espuma
La tersa, luciente y clara
Superficie del Adriático
O del canal de la Mancha.
Y ya se pierde en las simas
De las ondas irritadas
O ya toca las estrellas
Con el trinquete y las jarcias
Y desea ver el puerto,
Y soltar las graves anclas,
Y...;hasta cuando acabará
Esta insufrible cantata?
Aquel monstruo ó sabandija
(Son sinónimas palabras)
Surca el cristal movedizo,
Llega á un dintel y se salva.
Ocúltandose cuidadoso
Como tras de nube blanca
Oculta la triste luna
Su luciente faz de plata.
O como tras la pared
Se oculta por arte mágica,
De algun celoso marido
Algun vestigio ó fantasma.
Ocúltóse el animal
Y en la calle solitaria
Un nuevo grito turbó
El silencio que reinaba.
¡Es la voz de alguna bruja
Que convoca á sus hermanas
A sus juntas misteriosas,
O que pregona sus mañãs?
¿O es grito de maldicion
Contra nuestra infeliz raza?
No es nada de eso, Dios mio,
Otra cosa mas amarga
Anuncia ese grito lúgubre
Ese grito de plegaria....
¿Que dice? Dios me dé esfuerzo,
Aqui ha parido una rata.—F. G.

Licco Mexicano.



En recuerdo.

UN RECUERDO.

I.



UN noble y poético es el Rhin; que admirable seguir sus ondulaciones llevado suavemente por sus ondas, dando libre curso á la caprichosa imaginación! Sus laderas tan verdes, las montañas salvages, las viñas que caen en graciosos festones sobre la pradera, y las ruinas que coronan este paisaje retratándose en las cristalinas aguas! Dios mío! que cuadro tan encantador y tan sublime! Es preciso haber perdido toda esperanza, toda inspiración para no sentir vivamente esta influencia irresistible; es indispensable que el corazón se halle despedazado, las lágrimas agotadas y el alma seca, para no encontrar entusiasmo y ensueños al aspecto de este magnífico espectáculo. Aquí es donde el ser supremo nos habla, y contemplando estas maravillas escuchamos su lenguaje; en estos lugares se siente, se ruega y se perdona.

En 1670, dos años antes de la última entrada de las tropas francesas en Alemania, á las órdenes del gran Condé, el día 2 de Junio cerca de las seis de tarde, una jóven subía lentamente la colina que conduce al castillo de Frauberg, cantando una de esas canciones alemanas tan dulces y melancólicas, llevando una gran porción de rosas blancas que acababa sin duda de cortar en un jardín situado en la orilla del río y que formaba una especie de península que se percibía á mucha distancia. Este jardín parecía un canasto de flores; las cercas formadas por los rosales silvestres que lo rodeaban y que parecían ser su única pared, estaban cubiertas de mil estrellas blancas y color de rosa; las lilas, los lirios, los naranjos y los mirtos en cajones verdes, limpios y relumbrosos, embalsamaban el aire y encantaban la vista. La jóven de cuando en

cuando volvía la cara para mirarlo como si se despidiese de él por la última vez, y despues continuaba gozosa su camino y entonaba de nuevo su canción, dichosa con aquella indiferencia que se tiene á los 17 años, fugitiva como las flores, y que como ellas, no deja en la mente mas que un perfume vano que muy pronto se disipa, pero que jamás se olvida. Cuando llegó á la puerta del castillo se detuvo; tiró del cordón de una campanilla, á cuyo sonido contestó un paso lardo y arrastrado. Se abrió la puerta, y un anciano de estatura alta, vestido con una especie de librea verde y encarnada muy raída, la recibió con la mas tierna sonrisa.

Atravesaron una gran sala de bóveda medio destruida, y llegaron á una especie de verjel, en el que aun habia algunos árboles bastante robustos, colocados irregularmente y rodeados de las piedras caídas de las murallas y de los torreoncillos derribados por el tiempo. Un poco mas adelante del edificio principal, un pabellón sin techo que en sus cuatro lados tenia unos arcos diagonales góticos, presentaba un lugar de retiro delicioso y una vista sublime: el Rhin con su multitud de tortuosidades que forman justamente un codo en la punta del jardincito que he mencionado; á lo lejos la hermosa y vasta fortaleza de R . . . levantando sus orgullosos torres hasta los cielos, sobre la cual flotaba en anchos pliegues la bandera imperial; los campanarios de una abadía vecina que heridos por los espirantes rayos del sol parecían de oro bruñido, las chozas esparcidas en el valle, los ganados que volvían tranquilamente á sus establos, los botes de los pescadores que hendían velozmente el río en todas direcciones, presentaban un cuadro tan vivo, tan animado y cercado de un marco tan rico, que tanto la jóven como su padre á pesar de es-

tar acostumbrados á gozar diariamente de este espectáculo, no pudieron menos que detenerse absortos contemplándolo.

Repentinamente oyeron tocar la campanilla.

—¿Quién vendrá á esta hora? exclamó el anciano.

—Padre mio, id pronto á abrir; será quizá algun viagero estraviado ó algun mensajero de monseñor: oigo pisadas de caballos.

El anciano volvió á entrar por las ruinas y sin abrir la puerta habló algunos instantes con los viageros y los hizo entrar á muy poco, haciéndoles mil cortesías y cumplidos saludos. Era un gentil hombre jóven seguido de su lacayo y vestido con el mas elegante traje de la corte de Luis XIV; en su semblante pálido y melancólico se notaba la fatal impresión que se pretende haber advertido en algunas personas cuya existencia debe ser muy corta; se presentó con desembarazo pero con modales nobles y llenos de afabilidad.

—¿Con que consentís, amigo mio, en darme hospitalidad?—, Con mucho gusto monseñor, y á mucha honra lo tengo.

—¿Dónde estoy pues?

—En el castillo de Frauberg, que pertenece al Sr. Barón de Frauberg, de quien soy portero.

—¡Ah! muy bien! ¿Y esta hermosa jóven es vuestra hija? dijo viendo que Lena se levantaba.

—Si, monseñor, dispensadla; está ocupada trenzando las guirnalda que han de servir para la fiesta del Corpus que se celebra en la aldea inmediata.

El extranjero no podia quitar sus ojos de aquel rostro celestial, que la timidez y el pudor habian bañado con una ligera tinta de carmín, ni de las flores que la rodeaban y de una corona de rosas blancas que tenia en su cabeza y la hacia parecer una víctima adornada para el sacrificio.

—Puesto que tenéis á bien recibirme, dijo el jóven, despues de un intervalo de silencio, os pediré algunos auxilios, pues á una legua de aquí caí del caballo, me he lastimado y con infinito trabajo he llegado al castillo.

Lena abandonó sus guirnalda, y su padre corrió hacia la entrada de una de las alas del castillo suplicando al viagero los siguientes, y ambos lo llevaron á un cuarto muy aseado aunque desprovisto de muebles; reconocieron el golpe é inmediatamente proce-

dieron á curarlo, prodigándole los mayores cuidados; jamás se ha visto desempeñar la hospitalidad con mas esmero.

Algunos dias pasaron. Luis, este era el nombre del extranjero, no salia de su cuarto sino para bajar al patio donde pasaba el tiempo hablando con Lena, haciéndola cantar las canciones del país ó escuchando sus leyendas, y sobre todo admirandola y contemplandola coronada de rosas blancas, pues este era su adorno favorito.—El se lo habia rogado tanto! ¡Desventurada Lena! El veneno, introduciéndose poco á poco en su tierno corazón, lo iba acostumbrando á las conversaciones y pasatiempos amorosos, que llenan la existencia y que sin ellos no se puede vivir; sin sentirlo se iba apasionando de un incógnito que debía dejarla muy en breve, llevándose la felicidad y el reposo de su existencia que hasta aquí habia conservado inalterable.—Lo amaba con toda su alma.—Pobre Lena!

II.

Las puertas de un magnífico salon dorado, acababan de abrirse en el castillo de Versailles, donde la marquesa de Montespan sentada frente de su tocador, recibia los homenajes de los cortesanos que presurosos venian á presentárselos. Iban y venian en la pieza hablando entre si y dirigiendo de tiempo en tiempo algunas galanterias á la divinidad del día, recibiendo de ella esas respuestas tan picantes que ni á un amigo perdonan. Gran concurrencia debia asistir por la noche á la corte. La Sra. de Montespan hacia colocar en derredor de su cabello las famosas perlas de la mariscal del Hospital y ponía en su frente una corona de rosas blancas.—En este momento anunciaron al duque de Longueville.

Venia á despedirse de la favorita del rey antes de irse á unir con su ejército; se presentó con un semblante despejado y lleno de calma en medio de estos jóvenes locos tan dispuestos á reirse de cuanto pasa en el mundo.—Todos le cedieron el paso, se adelantó hacia la marquesa y tomó asiento á su lado. La hermosa Athénais le dirigió una de aquellas miradas que habian seducido al rey *nos grande del mundo*, y le preguntó si su equipage estaba listo, si muy pronto iba á ponerse en camino, añadiendo á estas algunas preguntas de politica y de interes que no podia rehusar al sobrino del Sr. le Prince. Muy medidas fueron todas las contestaciones del jóven duque de quien madama de Sé-

vigné dijo: «Jamás se han reunido virtudes tan sólidas; no le faltaban sino algunos vicios, es decir, un poco de orgullo, de vanidad y de altivez; pero en cuanto á lo demás, mas nadie ha llegado tan cerca de la perfeccion: no hay elogios dignos de él; con tal que estuviere satisfecho de si mismo, le bastaba.»

Todos hablaban de la marcha del rey y de los gentiles hombres; y quizá la favorita era la única que ignoraba el plan de campaña; unos hablaban del Issele, otros del Rhin, y algunos del sitio del Maestricht;—¿Sabeis á donde iremos, monseñor? preguntaban todos.—Lo ignoro, respondió el jóven príncipe; mi tío reserva mucho sus secretos.

—Pero señor, replicó la Sra. de Montespan, ¿vos conocéis el país, ¿no habeis hecho ya un viaje hace dos años, ese viaje de que volvisteis tan triste y padeciendo tanto?

El príncipe nada contestó: sus miradas estaban fijas en la corona de rosas.—Mil recuerdos se despertaron en su imaginacion y cuanto lo rodeaba desapareció para él como por magia, volvió á ver un cuarto pequeño en un antiguo castillo, un rostro de ángel adornado con flores semejantes, oyó sus cantos nocturnos que respiraban armonia y encanto, escuchó aquellas dulces palabras que salian del corazón y envolvian su alma en esa atmosfera de amor y de inocencia que en otro tiempo respiró con tanta delicia; en seguida se le representó la misma imagen con el rostro encantador bañado en llanto, el cabello en desorden y puesta de rodillas exclamando llena de desesperacion «Luis, me abandonas, ¿cuando volveré á verte?»

Su boca respondió, «muy pronto» pero su conciencia, «jamás!»—y desde entonces un remordimiento atroz amargaba su vida, se echaba en cara la suerte de aquella tierna plantita marchitada por él, y le habia pesado de su debilidad sin atreverse á indagar las consecuencias. En este momento, en medio de una corte loca y brillante aquellas imágenes algo borradas (por la mano del tiempo se agolparon sobre su frente y sin poder desecharlas, le parecia que aquella voz destrozadora aun resonaba en sus oidos.—Luis, me abandonas, ¿cuando volveré á verte?»

La Sra. de Montespan cuando notó su estado y que su imaginacion estaba preocupada se sonrió y le dijo.—Muy serio estais y muy distraido; no me prestais atencion, y por lo que veo, estais abismado en las mas pro-

fundas meditaciones de vuestro porvenir y de vuestras esperanzas.»

—Señora, es un recuerdo!

El mismo día y á la misma hora, en una antigua habitacion de las orillas del Rhin, estaba en su tocador una jóven sin que persona alguna troncase su cabello ni viese á elogiar su hermosura; en lugar de un salon dorado, ocupaba una pieza de bóveda, en lugar de candelabros de oro y esmalte, habia una lámpara cuya luz se opacaba por los argentados rayos de la luna que pasaban al través de una ventana gótica. Sobre su tocador habia tambien un collar de perlas y una guirnalda de flores, pero el collar desensartado y la guirnalda marchita.—La jóven se desnudaba lentamente, sus lágrimas descendian veloces bañando sus mejillas y pronunciaba con voz débil algunas frases ininteligibles interrumpidas por los sollozos; sus ojos recorrían su modesto aposento, y volvían á fijarse involuntariamente en la corona que procuró colocar de nuevo en su frente.

«Ya no me sienta, mi hermosura desapareció con mi dicha; me ha abandonado y hace seis años que no sé de él. Seco está mi corazón como estas flores;» y al pronunciar estas palabras, las arrojó lejos de si, pero sus ojos aun no pudieron dejar de verlas. Este adorno antes tan fresco y ahora sin color y marchito, era verdadero emblema de su vida.

«Oh Dios mio!» exclamó arrojándose «esto es lo que me queda de un amor tan dulce, de aquella felicidad tan pasajera, algunas perlas que se desprenden, algunas rosas que se marchitan... en su coronas quizá el olvido! y en el mio un recuerdo que jamas se borra!»

III.

El día 2 de Junio de 1672, el rio que habiamos visto tan tranquilo al principio de esta narracion, acababa de ser testigo de una sangrienta batalla. El príncipe de Condé á la cabeza de su ejército triunfante lo habia pasado á nado como un verdadero pa la din.

En un convento de las hermanas de la Misericordia, situado en la orilla del Rhin, muy cerca del teatro del combate, preparaban las enfermeras para los heridos; las piadosas mujeres se gaban fervorosamente al Todopoderoso que saliese sus almas y se disponian á hacer cuanto pudiesen para salvar sus cuerpos. Los suple-

riora hizo venir á varias novicias con su maestra, y las ordenó estuviesen listas para ir al campo de batalla con el objeto de recoger á los desdichados que estuviesen en estado de necesitar de sus auxilios. Mientras que las hermanas de mas experiencia escogian las medicinas convenientes, salieron del claustro cubiertas con sus velos; y con el corazón lleno de sentimientos de caridad, se hicieron guiar hacia los infelices que exigian sus cuidados. El sol doraba con sus últimos rayos las almenas de Frauberg y las veletas del monasterio; el jardín ya no embalsamaba el aire con sus suaves aromas, y los camellones incultos no producian mas que zarzas. Estaba poco mas ó menos como hacia dos años; á la agitacion del combate sucedió la calma y el lúgubre silencio de la noche. Cuando se acercó la barca que conducia á las religiosas á la orilla opuesta, se adelantó hacia ellas un hombre lleno de sangre y de humo, que estaba en pié junto de otro mas jóven que él y de un cadáver cubierto con una capa. „Hermanas mías, las dijo, queréis recibir en vuestro convento al príncipe de Condé que ha sido herido, al duque de Borbón y el cadáver del de Longueville que fué muerto esta mañana combatiendo valerosamente a su lado»

La maestra de novicias se inclinó ante el vencedor, y obedeciendo sus órdenes pusieron en la barca esta fúnebre y noble carga:

„Sor Luisa, dijo la maestra de novicias, conducid á mis señores á nuestra madre y orad entretanto junto al cuerpo por el alma del jóven príncipe, que Dios nuestro Señor ha tenido á bien llamar á su augusta presencia.»

El príncipe de Condé con el duque y algunos oficiales se pasaron á la embarcacion y se pusieron en un extremo de ella, colocando en el opuesto el cadáver; la jóven hermana se hincó cerca de él; estaban solos, y un deseo irresistible de contemplar la cara del príncipe arrebatado del mundo en la flor de su edad; la hizo levantar un poco la capa que la cubria.

„¡Cielos!” exclamó prosternándose y casi fuera de sí „¡el es!”

Lena, ahora Sor Luisa, acababa de saber al mismo tiempo el nombre y la suerte del hombre á quien tanto habia amado, y cuya ausencia la habia hecho retirarse del mundo. No derramó una sola lágrima; el alma que recibe golpes fuertes no llora, ruega»

Las aguas del Rhin corrian tan bellas y tan cristalinas como en otros tiempos de dicha, la bandera imperial flotaba como siempre sobre el fuerte de R... ninguna alteracion habia en este admirable paisaje, ninguna sino en la vida de una jóven, marchitada como las flores que con sus propias manos habia plantado.—(Traducido por L. M.)

ANACREONTICA.



ERENA está la tarde;
La brisa corre blanda,
Y en el azul del cielo
Aureo celage vaga.
A la risueña quinta
Conmigo ven, Anarda,
A disfrutar mil goces
En deliciosa calma.
Allí de lindas flores,
Vislota una guirnalda
Enlazaré á los rizos
Que tu candor realzan.
Y entonces, dulce amiga,

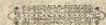
La reina soberana
Serás de la hermosura
De mi querida patria.
A orillas del torrente
Que ciñe la comarca,
Inspirarás mi lira
Y cantaré tus gracias:
Que en medio del bullicio
Y pompa cortesana
La candida inocencia
Pierde su brillo, Anarda,
Cual pierden sus colores
Las florecillas varias,

Si viento impuro sopla
Bellísima aldeana....
¡Ay! ven ángel del cielo;
La tarde sosegada
Hoy al placer convida
Nuestras ardientes almas.
Ven; y el fragante aroma
Que vaga entre las auras
Respiráremos libres,
De amor ante las aras.
Que allí un altar sagrado
Mi amor al tuyo alza,

Donde serás, querida,
Al punto proclamada:
De la hermosura reina
Modelo de las gracias,
Y en fin, jóven amable,
La Venus mexicana,
A la risueña quinta
Conmigo ven, Anarda,
A disfrutar mil goces
En deliciosa calma.

Parhuca. Mayo de 1844.

SEBASTIAN SEGURA.



I.



RA la caída de la tarde: El sol llegaba á su ocaso y sus últimos rayos se reflejaban en las tranquilas aguas del mar de Lerina, dejando ver el mas hermoso cuadro de la naturaleza. „¿Quién es esa jóven bella como la primera sonrisa de un niño, que parece tan inocente como las flores, tan pura como los ángeles? ¿Por qué contempla estasiada el magnífico cuadro que se ofrece á su vista? . . . Por un lado las elevadas torres del castillo de San Miguel; á su espalda altas montañas; á su izquierda un verde llano en el que se veian esparcidos aquí, y allá altos cocoteros; á sus piés el mar pacífico y cubierto de ininidad de barquillas que volvían de pescar y cuyos marineros cantaban despidiéndose con júbilo del luminar del día.

La jóven volvia frecuentemente sus bellos ojos azules hacia una bonita y sencilla casa que se divisaba al pié de los muros del castillo, y de la que á poco vió salir un jóven á cuyo encuentro se levantó rápidamente.

„¿Qué haces aquí tan tarde, Ana? dijóla el jóven fingiendo enojos: no parece sino que te

has empeñado en incomodarme; bien sabes que me disgusta infinito el encontrarte sola á tales horas y en sitios tan solitarios; todavia eres demasiado niña y no sabes el peligro á que te espones.

„¡Ah Carlos! no me riñas así, dijo la niña pasando sus alabastrinos y torneados brazos por el cuello del jóven, ¡si tú pudieras ver el efecto que causan tus palabras en mi corazón, no le desgarrarias de esa suerte! ¡Cruel!... estaba pensando en tí, en tí únicamente, ¡eres tan hermoso!... ¡tus ojos tienen tal expresion, su mirar es tan tierno! le esperaba ansiosa, es la hora en vienes á buscarme todos los días. Yo queria verte, queria estar contigo, porque á tu lado la vida es ensueño agradable. ¡Oh! yo no volveré á salir sin tí, hoy te vi tan taciturno que tus miradas comunicaron á mi alma una mortal tristeza; y sin saber que hacia me dirigí á este sitio pensando en adivinar la causa de tu pena secreta, y á pesar mio me detuve aquí porque no acertaba á descubrirla: prométeme que mañana me confiarás tu pena, yo te consolaré, tu tormento se mitigará y vendremos juntos á este sitio.

„¿Mañana! repitió Carlos con triste voz y

volvió la cabeza para ocultar una lágrima que se desprendió de sus párpados.

—Y bien, ¿mañana? ¿qué quieres decir con eso, mi Carlos? dijo Ana apresuradamente.

—Mañana, hermana mía, parto a doscientas leguas de aquí.

—¿Gran Dios!

—Sí, mi tía me manda a unos negocios suyos, no hay remedio, tú bien sabes lo que es ella; le agrada que la obedezcan sin replicar.

—Y... ¿cuando volverás?

—Nunca!

—¡Oh, nunca, nunca! eso no puede ser, no será... yo partiré contigo... tú no has de ser tan cruel que no dejes abandonada, á mí, á tu hermana.

—Mi hermana... y al decir esto vió á Ana tristemente la impresion de su rostro indicaba la lucha que interiormente padecía. Ana advirtió que algun secreto le ocultaba, y turbada le dijo:

—Carlos mio, ¿qué me ocultas? ¿qué sientes? dímelo, por piedad.

Carlos tomó una mano de su jóven prima, y llevándola á su corazón la dijo:

—Quería, y debía callar; pero voy á separarme de ti, quizá no te veré mas y no tengo fuerza para callar: ¿sientes latir mi corazón? palpita por tí, sí, yo te adoro y voy á perderte; mi tía ve los progresos de mi pasión, y con prestos bien frívolos me manda alejar de tí... el Sr. de Morán pide tu mano, y ella...

—¿Se la ha concedido? dijo Ana enagenada: ¿Y hoy me dices que me amas? ¡infeliz! yo no puedo ocultarte que solo he vivido para tí, ¿y tú dejarás que me sacrifiquen? no, no, me arrebatarás de las manos de los tiranos que quieren matarme... Pero ¿qué digo? no, tú no puedes hacer mas que dejarme morir y obedecer. ¡Oh Dios mio, todo lo he perdido!... y cayó desfallecida en los brazos de su amante. Carlos la condujo en sus brazos hasta muy cerca de la casa, y allí la dijo:

—Ana mía, ten valor, cobra serenidad, mi tía va á verte pronto, que no sospeche que he hecho sabedora de mi secreto. La tomó el brazo, enjugó su llanto, y un minuto despues estaban en casa de la señora de Alva.

II.

La Sra. de Alva, muger de carácter áspero, é incapaz de tener amor á nadie, habia amado sin embargo, entrañablemente á su hermano Enrique padre de Ana, el cual habia muerto de pena por haber perdido á su esposa á los dos años de su matrimonio, dejando á su que-

rida hija bajo la tutela de su hermana en cuyos brazos espiró. La Sra. de Alva amó á su sobrina mientras fué pequeña; mas á medida que esta crecía su cariño disminuía, tanto, que cuando esta cumplió los quince años acabó por aborrecerla. ¡Pobre huérfana! su tía era envidiosa y veía en Ana un obstáculo para la realizacion de una esperanza que habia nacido en su corazón: habia cobrado afecto á Carlos su sobrino, veía que los dos primeros se amaban con ternura, y formó el proyecto (infame á la verdad) de deshacerse de Ana, casándola con el primero que pretendiese su mano. Habia imaginado que arrebatándosela á Carlos, el jóven se consolaría viendo que no habia remedio y se casaría con ella: ¿cuánto se engañaba! Llegaron los dos jóvenes á su presencia y mandó á Carlos que se retirara, hizolo así, y quedándose sola con Ana, la dijo:

—¿No sabes hija mía, que quiero asegurar tu suerte?

—De que modo: contestó Ana temblando.

—El Sr. de Morán, rico, amable, no jóven... pero cuya edad no es muy desproporcionada á la tuya, pues tiene cuarenta y cinco años... pide tu mano, yo se la he concedido con la seguridad de que tu siempre has sido una hija dócil y obediente, y creo que ahora lo acreditarás.

—Sin embargo, tía mia, yo jamas he tratado al señor de quien voz me hablais...

—¿Te digo acaso que te cases ahora mismo? dentro de un mes... tienes tiempo para conocerlo.

—Soy muy jóven aún.

—Tienes muy buena edad... ademas ya basta de tratarlos con buenas razones, esos son frívolos prestos que yo no sufriré, vos me obedeceréis de grado ó por fuerza; no gusto de suplicar, ó si no queréis casaros dentro de un mes con el Sr. de Morán, os ireis á un convento, porque algo habeis de ser en esta vida... no queréis casaros cuando se os proporciona; yo no he de vivir eternamente y no tenéis una tan crecida renta... pensadlo bien, quince dias os doy de término; ya sabeis, ó el matrimonio ó el claustro, ó mi amor y reconocimiento, ó mi aborrecimiento eterno, elegid: hasta que resolvais no volveré á veros; retiraos. La jóven lo hizo así sin replicar: luego que estuvo en su cuarto abrió la ventana que caia al jardín para respirar el aire libre, porque la opresion que sentia su corazón la hacia morir; se echó en un sillón; y cubriéndose el rostro con ambas manos, lloró... ¡cuánto le consolaron aquellas lágrimas! Un ligero ruido vino á sacarla de su enagenamiento... ¿Ana? dijo un

voz dulce, una voz que resonó en lo íntimo del corazón de la afligida virgen y la volvió á la vida, era... la voz de Carlos. Se levantó ella aceleradamente, se acercó á la ventana donde estaba Carlos.

El infeliz todo lo habia escuchado, y venia á saber la última resolucion de la muger que amaba, á oír de su divina boca las protestas de amor de que tanto necesitaba aquel desgraciado corazón.

—Ana mía, ¿es verdad que tú no consentirás en unirte á otro que no sea tu amante?... ¡ah! no, tú me perteneces, tú eres mía, y no lograrán separarnos, ¿no me has dicho que me amas? pues huyamos.

—Sí, Carlos, sí te amo; pero huir contigo? jamas, Carlos, seria un escándalo, reflexiona lo bien y verás como, solo en un momento de delirio puedes haberme propuesto semejante idea; no, no, prefiero perderte para siempre, que manchar mi honor con un borron que jamas se lavará.

—¿Qué loco soy! dices muy bien, yo seria un infame si quisiera obligarte á huir conmigo, ¡oh! no mancharé tu frente pura... no, yo no seré quien cause tu desgracia, demasiado infeliz eres; pero verte en brazos de otro sabiendo que me amas, es muy cruel: no, Ana, no, yo moriría.

—¿Y el claustro? dijo Ana con acento desesperado.

—¡Ay! de todos modos es fuerza separarnos; qué triste es nuestra suerte!

—¡Oh! sí, muy triste... Ana se quedó por unos instantes como pensando en algo, y luego dijo poniéndose pálida.

—Carlos, estoy decidida... el convento de la Concepcion recibirá dentro de poco mis tristes votos; ya lo ves, Carlos amado, voy á encerrarme en un claustro para siempre pero no te seré infiel, no seré nunca del hombre odioso que nos hace infelices, voy á hacer este sacrificio por tí... ¡oh Carlos! págame con otro. alejate de mí, si tú estás aquí no tendré valor para pronunciar el juramento que me separa de tí y del mundo... ¡ah Carlos! hazlo por mí, alejate... Carlos zozozaba. Luego que pudo hablar dijo con triste voz.

—Es justo, muger celestial, hacer esto y mucho mas por tí aunque mayor sacrificio para mí no puede haberlo... ¡Ana, adios! esta misma noche partiré...

La pobre jóven dirigió una mirada á Carlos en la que iba toda su alma, apretó la mano de su amante con agitacion. Carlos la besó, pro-

nunció un ¡adios!... con desesperacion, y una hora despues el galope de un caballo que salia por el jardín, vino á interrumpir por pocos instantes el triste silencio de la infeliz jóven... aquel galope resonó en lo íntimo de su pecho... y cayó sin sentido....

III.

¡El plazo se habia cumplido! Ana se presentó ante su tía; qué mutacion en quince dias! ya no era aquella Ana bulliciosa de rostro sonrosado y que respiraba alegría, ahora estaba pálida, estenuada, andaba con dificultad; su hermoso cabello rubio estaba suelto, y traia un vestido blanco; semejante en su palidez á una muger que llevan al suplicio, sin embargo, ¡cuán hermosa estaba todavía!

Por fin su tía la hizo sentar, y asustada del mortal semblante de Ana, volvió el rostro para ocultar su turbacion. Permanecieron en silencio algunos instantes, la Sra. de Alva le rompió diciendo con voz cariñosa á su sobrina.

—Piénsote encontrarte mas sumisa que el otro día, y creo que vendrás á decirme que estás pronta á dar tu mano....

Ana no la dejó concluir, no queria oír mas ese nombre odioso, el nombre de aquel que habia disipado su felicidad para siempre.—Señora, le respondió, vos habeis dejado á mi eleccion el claustro ó el matrimonio, ¿no es esto? pues bien... elijo el claustro.

—¿Qué dices! lo has pensado bien?

—Mi resolucion es invariable, señora.

La Sra. de Alva calló por un momento: de todos modos me desahago de ella, dijo para sí, ademas, ella lo quiere... Bien, hija mía, dentro de tres dias irás á la Concepcion, no quiero contrariar tu gusto.

—¡Dentro de tres dias! repitió Ana tristemente.

—Puedes retirarte, dijo la Sra. de Alva con sequedad.

Ana lanzó una mirada como implorando la compasion de aquel corazón duro... su tía volvió la cara, Ana se retiró; no hay remedio, dijo, y dió un gemido sordo porque no podia llorar, sus lágrimas se habian agotado: ¡cuánto habia padecido! consuelate infeliz, presto acabarán tus tormentos.

IV.

Era el día ocho de diciembre, día en que se celebra la Concepcion inmaculada de la Reina de los cielos: era el día fijado para la profesion de Ana: la hora se acercaba, los parientes de Ana estaban ya reunidos, solo se esperaba á la jóven novicia. Llegó por fin esta, todos al ver-

la quedaron estáticos, ni la reconocían algunos, tan mudada estaba: hicieron las acostumbradas ceremonias, y la mas triste de todas, aquella en que remeda la muerte.... ¡triste despedida del mundo! ¡ah, por una eternidad! fueron á levantar á Ana del ataúd.... ¡Dios mio! aquella alma sensible, aquella pobre muger que había nacido para el pesar, sus padecimientos acababan de cesar ya.... ¡no existía! Dios apiadado de los padecimientos de aquella inocente la llamó á descansar en su seno paternal: la consternacion reinaba en todos los que habían presenciado tan triste escena. Aun no habían vuelto de su espanto los circunstantes, cuando ven á un jóven que apenas podía respirar, el cual entró en la iglesia gritando.

—¡Deteneos, deteneos!... no consumis el sacrificio, es mia, ha cesado la persecucion, su tia misma consiente en nuestra union.... pero donde está Ana? no la veo, todos estais callados.... ¡lorais.... ¡ah! decidme que ha sido de ella.

En efecto, todos callaban, habían reconocido á Cárlos, al infeliz amante de Ana; y ninguno se atrevia á darle la fatal noticia de su muerte. Uno de los parientes de Ana se acercó al jóven, y apartándolo cuanto pudo para que no viese á Ana muerta. le tomó una mano y le dijo: ¿Cómo es que despues de un año de ausencia, os vemos en este lugar el día de la profesion?

—Señor, luego que supe que pocos días faltaban para el sacrificio, y que íbamos á quedar separados para siempre, no pude contenerme, me puse en camino sin parar ni un solo momento, hoy llegué á casa de mi tia.... estaba bañada en lágrimas.... la confusion se apoderó de mi alma, la pregunté el motivo de su llanto y me respondió:—, Si vieras hijo mio cuanto me he arrepentido de los males que os he causado, particularmente, hoy que es el día de la profesion de tu amada....” ¡Cómo! la contesté, corro á impedirlo....—Aguarda; aun faltan algunas horas, y quiero darte una prueba de mi arrepentimiento dandote mi consentimiento para que te cases; ve, hijo mio, ve, y perdóname.—Cuán buena sois, tia mia, vuelvo á la iglesia, pues no sosegaré hasta tenerla en mis brazos: al llegar cerca de aquí oigo hablar de una profesion, de una jóven que sacrificaban.... no pude oír mas, corro como un loco hasta aquí gritando como habeis oído, que no se haga la ceremonia.... en lugar de respuesta solo lloran.... ¡por piedad, decidme si ya no puede ser mia!....

—Ya.... no.

—¡Qué decis! ¿han consumado el sacrificio?

—No, pero....

—¡Qué? acabad.

—Venid: fué la única respuesta de aquel hombre, y trayendo al jóven junto al ataúd, le dijo: ¡Vedla allí....

—¡Ella es! ¡Muerta!.... ¡dárbaros! ¿por qué me la habeis mostrado? ¡Ana, Ana! no me esperarás mucho tiempo, muger inocente y desdichada, yo te seguiré, y allí contigo, me barraré y maldeciré á nuestra perseguidora.... pero no, no, no sé maldecir á nadie, quiera el cielo darla la felicidad de que ella nos privó.... al fin se ha arrepentido! yo la perdono, ¡ojalá, el Ser Supremo se digne perdonarla! ¡Adios, ¡todos! alegraos, por que mis sufrimientos y lo de esa muger idolatrada han acabado, voy á unirme á ella en otro mundo mejor donde libres de persecuciones viviremos felices para siempre, ¡adios!.... dijo, y precipitándose en el ataúd.... ya no existía Cárlos....

V.

La historia que me contais es demasiado triste, y ha despedazado mi corazon, decia un hombre de unos treinta años á otro mas viejo ambos se enjugaban las lágrimas: estaban sentados bajo un triste ciprés que se mecía al lado de dos sepuleros en el jardín de la Sra. de Alva.

—Ya se acerca la hora, dijo el mas viejo, de que la pobre muger venga á llorar delante de los sepuleros; hace dos años que este es su consuelo.

—¡Desdichada!

—Siento ruido, es ella.... vos que teneis interés en verla, venid, ocultos detras de este árbol podreis observarla.

Era en efecto la Sra. de Alva; otra muger la llevaba, pues apenas podía sostenerse, se arrodilló delante de aquellos sepuleros (que eran de los desventurados amantes, Cárlos y Ana), rezó y lloró, puso en las urnas una corona de flores como lo tenia de costumbre, quiso levantarse, y una tos seca que la acometió, acompañada de arroyos de sangre que arrojaba por boca y narices la obligó á sentarse, la muger que la acompañaba se acercó á socorrerla y se disponia á llamar á los criados para que la ayudasen á llevar á la Sra. de Alva, pero es lo impidieron los señores que estaban escondidos, saliendo y llevándola á la casa. La Sra. de Alva murió como buena cristiana: Dios en pago de sus penitencias concedió el descanso

á su alma, y unió á aquella familia que había sido tan desdichada en la tierra para que gozaran de la verdadera felicidad en la mansion de los justos. Uno de los señores que la habían socorrido era el Sr. de Morán; causa inocente de los pesares de Ana. Este señor quedó en-

chargado de la última voluntad de la Sra. de Alva, que fué poner su sepulcro al lado de sus sobrinos. El Sr. de Morán venia algunos días á visitarlos, y á recordar las desgracias de aquellas tres personas para condolerse de ellas. —ELLA.

DESCUBRIMIENTO DEL AJEDREZ.

EL-SEPHADI, autor árabe refiere lo siguiente. Un matemático llamado Sessa, hijo de Daer, súbdito de un principe indiano, habiendo inventado el juego del ajedrez, su soberano quedó muy complacido con la invencion y deseando recompensarlo de una manera digna de su magnificencia, quiso preguntarle lo que deseaba, asegurándole que seria satisfecho. El matemático, sin embargo, pidió solamente un grano de trigo por la primera casilla del tablero, dos por la segunda, cuatro por la tercera, y así sucesivamente hasta la última ó la 64 casilla. El principe al pronto se irritó con esta peticion, juzgándola poco conforme á su liberalidad, y ordenó á su Visir satisfacer el pedido de Sessa; pero el ministro se asombró mucho cuando, habiendo calculado la cantidad de trigo necesaria para cumplir con la orden del principe, encontró que todos los granos de los graneros reales y aun los de todos sus súbditos y de toda el Asia no serian suficientes. Informó por tanto de esto al principe, quien envió por el matemático que le confesó sencillamente su impotencia para cumplir con su peticion, cuya ingenuidad asombró mas al principe que el juego que había inventado.

Para encontrar el importe de esta prodigiosa

recompensa que para pagarla eran insuficientes aun los tesoros de un príncipe poderoso, procederemos mas facilmente por medio de una progresion geométrica, aunque podría descubrirse por medio de la multiplicacion y la adiccion. Se encuentra por el cálculo, que el 64, término de la progresion dupla que comienza con la unidad, es, 9,23,372,036,854,775,808. La suma de todos los términos de una doble progresion que comienza con la unidad puede obtenerse duplicando el último término y sumando de esto la unidad. Por tanto el número de granos de trigo á que accendia la peticion de Sessa era de 18,466,744,073,709,551,615. Ahora pues conteniendo un celemin de trigo poco mas ó menos 76,500 granos de trigo una fanega contendrá 918,000: si dividimos el producto de arriba por esta última cantidad tendremos 20,094,492,455,021, número de fanegas de trigo necesario para cumplir con la promesa del rey indiano: si suponemos que una aranzada de tierra sea capaz de producir en un año ocho fanegas de trigo, para producir dicha cantidad se requeriran 2,514,811,556,877, aranzadas que hacen mas de ocho veces la superficie de la tierra.



DISCURSO HISTÓRICO

SOBRE

EL DERECHO DE GENTES ENTRE LOS ROMANOS.

Desde la fundación de Roma hasta Constantino, pronunciado en la cátedra de humanidades del colegio de S. Juan de Letran, por el cursante de ella, Br. D. Agustín Franco.

Opus aggregior optimam casibus.—

Tact. Hist. L. I.

SEÑORES.



La historia de Roma es uno de los episodios mas grandiosos de la vasta crónica del hombre. Contemplar esa nación desde su infancia, estudiar su desarrollo gradual, recorrer la lengua séria de sus adelantos, ser testigo por medio de la historia de sus épocas de triunfo y de riqueza, examinar las causas de su decadencia y de su total ruina, es uno de los estudios mas interesantes para todo amigo de la solida y verdadera instruccion. Mas ese cuadro es vastísimo y comprende mucho mas de lo que nuestro ilustrado catedrático ha confiado á mis esfuerzos. Yo solamente debo hablarlos del derecho de gentes entre los romanos, en un periodo que comprende desde la fundación de la ciudad de las siete colinas hasta la traslación del imperio á Bizancio. No esperéis encontrar en este ensayo un estilo tan elevado cual lo requiere el asunto, no esperéis que él os revele cosas ignoradas hasta ahora; mi trabajo es el de un simple compilador, y si por ventura algun mérito veis en él, podeis creer sin temor de errar que ese mérito es debido á la erudicion y sabiduría de los autores que me han servido para su formación.

Tres épocas distintas debemos considerar en el periodo de que voy á hablarlos; y son las siguientes.

Los Reyes.

La República.
El Imperio.

La primera comprende desde el año 753. A. C. hasta el 509. La segunda, desde el 509 hasta el 60. La tercera, desde el año 60 A. C. hasta el 324 de la era cristiana.

1.ª EPOCA.—*Los Reyes.*

Rómulo á la cabeza de un puñado de bandidos fundó la ciudad que habia de ser la señora del mundo antiguo (1). Reducida en su principio á un pequeño territorio del Lacio, pronto se hizo respetar por sus belicosos vecinos. Era Hércules sofocando en su cuna las serpientes enviadas por la irritada esposa de Júpiter.

El primer tratado que nos presenta la historia romana es el que Rómulo celebró con Tacio, rey de los Sabinos; por él estos últimos obtuvieron las prerogativas de *ciudadanos romanos*. No dejemos de advertir la profusion con que este derecho se concedió en los primeros tiempos de Roma. Rómulo transmitió á sus sucesores la hábil táctica con que, como dice el emperador Claudio, según Tácito, en un solo día *formaba ciudadanos romanos á sus propios enemigos*. Los ceninences, los camertinos, y otros pueblos conquistados por Rómulo.

(1) Este hecho se da por supuesto, porque antes Roma no tiene existencia histórica.

lo fueron conducidos á Roma y naturalizados allí.

El reinado de Numa, sucesor de Rómulo, no nos dá ninguna luz sobre las relaciones internacionales de los romanos, puesto que entregado enteramente al arreglo interior de la ciudad, poco ó ningun caso hizo de sus vecinos. El fué quien creó á los heraldos.

A Numa sucedió Tulo Hostilio, y un acontecimiento importante de su reinado (la guerra de Alba) llama fuertemente nuestra atencion. Los Albaneses, celosos de los progresos de Roma, devastaron su territorio. Un ejército romano atacó á los invasores y los derrotó haciéndoles muchos prisioneros. La guerra se declaró; y en el momento en que ambos pueblos se preparaban al combate, Sufecio, jefe de los albaneses, recibió noticia de que los de Vevey y los de Fidenas esperaban á que los romanos y albaneses se debilitasen con la guerra para destruirlos completamente. El peligro comun unió á las partes beligerantes y los jefes de ambas entraron en negociaciones.

Tulo propuso que las familias principales de Alba se estableciesen en Roma, ó bien que se formase un consejo que gobernase las dos ciudades mandando por uno de los reyes. Los albaneses no quisieron irse á establecer á Roma, y quedó en pié la duda de cual de las dos ciudades debía obtener la primacia en la presidencia del consejo. La decision se sometió á lo que en la edad media se hubiera llamado *un juicio de Dios*. Este fué el combate de los Horacios y Curiacios.

Decidida la suerte á favor de Roma, Sufecio se sometió en la apariencia, mas no tardó en cometer una traicion. Tulo Hostilio le acusó ante el senado y el jefe infiel fué castigado con la muerte. Alba destruida y los ciudadanos trasportados á Roma y convertidos en romanos. El rey de Roma volvió entonces sus armas contra los de Fidenas y los venció.

Anco Marcio, sucesor de Tulo Hostilio, venció á los latinos, quienes le habian atacado su pretexto de que su tratado con Roma habia dado fin.

Tarquino el anciano continuó la guerra con los latinos, y debemos notar la diversa conducta que observó respecto de los habitantes de Apiolas y los de Crustumium y Collatia. Los primeros fueron vendidos como esclavos; los segundos (que se sometieron espontáneamente) fueron tratados con mas lenidad.

En el reinado de Servio Tulio vemos á este rey proponer á los pueblos de Italia una con-

federacion semejante al congreso de los Anfictiones en Grecia. Su idea fué bien recibida, y el tratado celebrado con Roma, grabado en una columna de bronce.

Sexto, hijo de Tarquino el soberbio, se apoderó insidiosamente del gobierno de Gabias, y en seguida puso á su pueblo bajo la proteccion de Roma. Celebraron un convenio de paz y amistad que se conservó mucho tiempo en el templo de Júpiter *Sanguis* escrito en la piel de buey con que estaba forrado un escudo de madera.

Tarquino el soberbio fué el último rey de los romanos.

2.ª EPOCA.—*La República.*

Los limites de este discurso no me permitirán daros una idea completa de la segunda época de la historia romana. Contentaréme pues, con mostraros concisamente la marcha del coloso, que encontrando la Italia demasiado estrecha para contenerle, se desbordó sobre el orbe antiguo y pudo tocar con una mano la fria region de Inglaterra en tanto que la otra se paseaba por los abrasados arenales de Sahara. Señora del mundo, vemos á Roma unas veces reposar bajo el peso de sus laureles, á las orillas del Bétis ó del Ebro, y otras llevar sus armas victoriosas hasta las clásicas riberas del Tigris y el Eufrates.

Sin embargo, señores, forzoso es advertiros que no os dejéis deslumbrar por los brillantes triunfos de Roma; su historia nos presenta grandes rasgos de valor y de virtud; esa austera matrona en medio de nuestra actual afeminacion y refinamiento, nos aparece rodeada de magestad; sin embargo, repito, Roma se manchó con muchos crímenes; la injusticia se mecía muchas veces sobre sus banderas, y el historiador severo é imparcial jamas podrá perdonar sus atentados.

Por los años 388 A. C. existia en Clusium, ciudad de Etruria, un rico ciudadano llamado Arunx. Era curador de un joven *Lectrox*, que significa señor de una tribu. Arunx era casado, y el joven en retribucion de los buenos servicios que de él habia recibido, sedujo á su esposa, y en seguida, por medio de su posición logró que los magistrados le dejasen impune El esposo agraviado salió de Clusium y juró vengarse.

Sabido es que los antiguos dividian las Galias en Cisalpinia y Transalpinia. Entre las varias naciones Celtas que poblaban una y otra, Arunx eligió á los senones, habitantes de la

Galia transalpina, para instrumentos de su venganza. Pintóles la fertilidad de Italia, la belleza de sus mugeres, y les hizo gustar algunos vinos esquisitos. Los galos no pudieron resistir tantos atractivos, y reuniendo un poderoso ejército se pusieron en marcha guiados por el Etrusco. Cuando hubieron llegado á las puertas de Clusium, donde estaban encerrados los adúlteros, intimaron rendición á los habitantes quienes invocaron la protección de Roma.

El senado se encontró perplejo, pues no quería dejar sin auxilios á Clusium, ni tampoco declarar la guerra á una nación que en nada le había ofendido. Envió pues á los galos tres jóvenes patricios de la familia Fabia en calidad de embajadores para proporcionar un avenimiento entre las dos naciones. Preguntaron á Breno, jefe de los galos, ¿qué derecho tenía para invadir el territorio de Clusium? Breno respondió con esta otra pregunta: ¿qué derecho teniais vosotros para invadir el de los equos, volscos, albaneses y sabinos?

Los fabios entraron en Clusium, y en lugar de conservar la imparcialidad de mediadores, promovieron una salida en que uno de ellos mató á un oficial galo de los mas estimados. El senado no castigó este desafuero y Breno marchó sobre Roma. Así pues, la guerra de los galos tuvo por causa una violación del derecho de gentes cometida por los romanos.

En el año 279. A. C., un revuelco ambicioso de Epiro, nombrado Pirro, fué llamado por los tarentinos á quienes había alarmado la victoria de los romanos sobre los samnitas, después de una guerra de mas de setenta años. Pirro, que desde el fondo de su mezquino reino abrigaba miras muy vastas, y había proyectado nada menos que la conquista de Italia, admitió gustoso la invitación de los tarentinos. Era un aventurero que no podia subsistir sin atacar á otras naciones, y en prueba de esto recordemos su guerra con Macedonia, guerra que á juicio de Plutarco no fué emprendida mas que porque no tenia otro medio de mantener á su ejército.

Los tarentinos no tardaron en conocer que su aliado intentaba dominarlos. Hicieron un esfuerzo para sacudir aquel yugo; pero el caballeroso rey de Epiro los trató con suma aspereza, y les hizo conocer que es muy peligroso buscar auxilios extranjeros para defenderse, porque generalmente los que los prestan no miran al hacerlo mas que su interés particular. Admiróse el rey de los epirotas de ver el con-

tinente marcial de los romanos, y mucho mas al observar tanta disciplina en unos bárbaros, segun él los llamaba. A las orillas del Liris el cónsul Publio Valerio Levino, fué derrotado por Pirro, pero en *Asculum* recibió este último de Decio y de Sulpicio una terrible lección.

Finalmente, Pirro abandonó á los tarentinos, y el resultado de esta guerra para los romanos fué el someterles todas las naciones comprendidas desde las partes mas remotas de Etruria hasta el mar Jónico, y desde el mar Tirreno hasta el Adriático.

Cuatro diferentes clases de derechos tenían los que estaban sujetos á Roma. El primero, llamado *ius quirittium*, comprendia todas las prerrogativas que competían á un romano libre, tales como el derecho de votar, la testamentación activa y pasiva etc. etc. El segundo, *ius latii*, á pesar de que no se conoce la exacta diferencia, era menos que el *ius quirittium* y mas que el *ius italicum*. Los que gozaban de este último, se regían por las propias leyes y no estaban sujetos al pretor romano, mas en cambio de esto debían suministrar á sus espensas un cierto número de soldados, y no disfrutaban de la libertad de Roma ni tenían participación en los ritos sagrados. Tambien habia diferencia por lo que toca á la propiedad, y el principio del título 6.º lib. 2.º de la instituta de Justiniano, nos prueba la distinción que hacían entre *suelo italicum* y *provincial*. Los tenedores de bienes raíces en las provincias romanas eran unos verdaderos enfiteutas, cuyo señor directo era el pueblo romano. Sin embargo, habia provincias privilegiadas, cuyos habitantes tenían el *ius italicum*. Las ciudades extranjeras que obtenían los derechos de ciudadanos romanos se llamaban *municipia*. Las colonias romanas tenían diversos derechos segun que eran de ciudadanos latinos ó italianos.

El año 234. A. C. Vemos á los romanos hacer la guerra á Tenta, reina de la Iliria propiamente dicha, con el objeto de vindicar el derecho de gentes violado por ella con sus piraterías y la muerte de dos embajadores romanos. Sin embargo, casi al mismo tiempo vemos al senado romano permitir á los ciudadanos eq equipar buques y robar á todos los barcos extranjeros.

Debo ya hablaros de las guerras con Cartago. Desearia estenderme sobre este punto interesante, pero no me es posible. Bastará decirnos que Roma hizo varios tratados con Cartago. En los que Roma triunfaba se hacía pagar los gastos de la guerra. Que estos tratados fueron

3.ª EPOCA.—El Imperio.

La república romana espiró en las llanuras de Philippi; Octavio después de la batalla de Actium se vió señor del mundo. El imperio romano comprendia la mayor y mejor parte de Europa, Asia y Africa, es decir, cerca de 1300 leguas de longitud y casi la mitad de latitud. Augusto con sus conquistas adquirió una grande reputación y recibió embajadas de monarcas muy lejanos; uno de estos, Fraates, rey de Partia, hizo proposición á los romanos para que celebrasen un tratado sometiéndose á cuantas condiciones se le impusiesen y dando cuatro hijos suyos en rehenes. La altiva Roma al recibir esta embajada y recobrar sus águilas perdidas en la batalla de Carras, volvió á ceñir en su frente la rama de laurel que los partos le habían arrancado al derrotar á Craso y sus valerosas legiones.

Por lo general las guerras del tiempo del imperio fueron civiles, y en las que hubo con los extranjeros se perribe la misma táctica que ya he expresado al hablar de las Galias. El emperador Caracala concedió por una constitucion que se ha hecho célebre, el derecho de ciudadanía á todos los súbditos del imperio romano, y desde entonces la ciudad se vió como dice Luciano:

„Mundi farce repleta.”

Claudio hizo crucificar impunemente á varios ciudadanos romanos, hecho triste que prueba hasta qué punto habia llegado la debilidad del pueblo. La época del imperio fué la mas desgraciada para Roma. Su influencia sobre las demas naciones comenzó á nulificarse; la demoralización cundió por todas partes; el crimen se asentó en el trono, y aquella vasta fábrica, la obra de tanta sangre y de tantos siglos, empezó á desmoronarse.

Una raza de hombres hasta entonces casi enteramente desconocida, amenazó el imperio, y la nube de los bárbaros comenzó á envolver á los descendientes de Rómulo y de Numa. Enervados por el lujo y la molición, envilecidos por el despotismo, fueron cediendo el terreno á las hordas que debían plantar los cimientos de las naciones modernas.

Trajano, Marco-Aurelio y otros cuantos hombres ilustres fulguraron en medio de las tinieblas de aquella era de corrupcion. Acaso sus virtudes resaltan mas por el contraste que ofrecen con la depravacion general.

Roma estaba herida de muerte, pero faltaba el hombre que hundiendo mas el puñal en

violados, ya por una ya por otra potencia, y que el resultado de tres guerras sangrientas fué la destruccion de la ciudad Cartago y la reduccion de su territorio, provincia romana. „Los hijos de Roma,” dice un escritor, „llamaron á la mala fe *púnica fides*; tal vez si los cartagineses hubieran triunfado la habrían dado el nombre de *fides romana*.”

111 años antes de Jesucristo, Yugurta, rey de una parte de Numidia, hizo asesinar en la ciudad de Thernida á Hiempsal, aliado de los romanos. La primera impresion producida en Roma por esta noticia fué la de la indignacion. Yugurta envió embajadores, y el oro que estos repartieron con profusion, le captó la voluntad de muchos. El resultado fué el que era de esperarse; permaneció impune. El rey de Numidia no tardó en dar á conocer á los romanos que era indigno de su proteccion: horrorizó con nuevos rasgos de barbarie hasta á sus mismos parásitos, y se decretó hacerle la guerra. El cónsul Calprunio entró en Numidia á sangre y fuego; pero cedió bien pronto á la prestigiosa influencia del Oro. Celebróse pues un tratado por el cual se le aseguró la paz á Yugurta mediante el pago de un tributo. Esta paz duró muy poco; el Numida fué atacado de nuevo, y después de varias vicisitudes se presentó en Roma. Sus negociaciones en aquella ciudad fueron ya favorables, ya adversas, y finalmente, tuvo que salir de ella. Refiere Salustio que al hacerlo, exclamó: „Ciudad corrompida y venal, para que te pierdas ó seas vendida, no has menester mas que un comprador.” Algun tiempo después el príncipe africano cargado de cadenas seguía el carro triunfal de Mario, guerrero nacido para cubrir de gloria á su patria, y hacerla al mismo tiempo presa del infortunio.

Los pueblos de la Italia se sublevaron contra los romanos, y esta guerra que recibió el nombre de social fué una de las mas peligrosas que tuvieron que sostener. Sin embargo, dos cosas les salvaron; la declaración que hicieron de que todos los italianos aliados de Roma eran ciudadanos, y el tener á Sila á la cabeza de su ejército.

La historia romana en este período trata casi esclusivamente de la guerra civil, y el único hecho principal que me resta por consignar antes de pasar á la época del imperio, es la guerra del César en las Galias. En ella observamos, como en todas las demas, la misma politica por parte de los romanos: aliarse con unas potencias para destruir otras, y en seguida someter estas mismas aliadas.

su seno la destruyese enteramente. Este fué Constantino. Manchado con la sangre inocente su hijo Crispo, y con otros muchos crímenes, le vemos adoptar por proyecto la religion del Salvador. Promueve la traslacion del imperio á Bizancio, y Roma deja de ser la capital del universo.

Mi trabajo, señores, toca á su fin. Inútil me parece encaereros su imperfeccion. Será suficiente recordaros que he tenido que encerrar en unas cuantas palabras hechos con que una pluma diestra hubiera llenado volúmenes enteros.—*He dicho.*

HIGIENE.

DIENTES.



Lcomenzar á escribir nos hemos preguntado, por qué hemos escogido esta materia mas bien que cualquier otra, por qué hemos dado un salto tan tremendo desde el tratado de estar aseado hasta el de estar dispuesto á dar buenas mordidas (á los alimentos se supone), en fin, por qué no nos hemos ocupado de otras partes de la boca, como por ejemplo, de los elásticos labios, de la flexible lengua ó del autojadizo paladar. Al principio queriamos encontrar alguna razon satisfactoria para nuestros suscritores, ya refiriendo los tratados de baños y dientes al arte de aseo, ya diciendo que el punto de que nos ocupamos es de un grande interés en México, en donde se encuentran diariamente pañuelos de cambray terciados en las caras, ó espantables tumores que amenazan arrastrar tras de sí y devorar las medias caras de los desventurados que los llevan, ya diciendo que el romanticismo invadía la higieine como va sucediendo con todos los conocimientos humanos, y por consiguiente se introducía el desorden sobre este ramo, ya... pero para qué cansar á nuestros lectores, el motivo no ha sido otro que el de que nos vinieron á la cabeza esos treinta y dos huesecitos, y cada vez que tomábamos la pluma se nos presentaban delante, y en verdad que nada risueños, hasta que finalmente la fatalidad quiso que escribiéramos de los dientes, (la fatalidad es á veces muy buena persona, suele sacar á uno de

aprietos). Ahora bien, deseando que nuestros benévolo lectores no carezcan de lo mejor escrito sobre este punto, nos hemos propuesto presentarles las reglas higiénicas contenidas en una obra interesante sobre la materia recién llegada de París, reservándonos el derecho de hacer nuestras observaciones sobre ellas.

1.ª *Los dientes se deben someter á un ejercicio diario,* de lo contrario se cubrirán de tártaro y sobrevendrán otros accidentes. Risa me causa mi autor con su regla, creo que ninguno de mis suscritores pecará contra ella, á no ser que no tenga un cuarto en el bolsillo, y no por conservar su dentadura, sino por evitar la sepultura. Poco á poco, señor articulista, cuidado con escribir sin pensar como se acostumbra en esta fecunda tierra en que se han confundido de algun tiempo acá las palabras escribiendo y escribir: esta regla tiene que examinarse mas de lo que parece á primera vista, porque hay muchos que tienen jubilada la mitad de su dentadura, y todo el trabajo lo tienen encargado á la otra mitad, en suma, que tienen dientes honorarios: pues bien, con estas personas habla nuestro autor y les recomienda el uso de todos sus dientes, sucesiva ó simultáneamente, poco importa, con tal que entren en el ejercicio de sus funciones; habla tambien con los que se ven obligados por una enfermedad larga ó corta á usar solamente de alimentos líquidos, en cuyo caso, lo mismo que en el anterior, podrán evitarse los inconvenientes de la inaccion de la dentadura por el

uso diario de un cepillito suave de pelo de tejón, con el que se restregarán los dientes y muelas á la vez que se enjuague uno la boca con agua clara.

Aquí conviene no pasar en silencio el uso que se hace para limpiar la dentadura de diversos polvos que regularmente tienen inconvenientes, pues le dan blancura atacando el esmalte, así es que en lo general se deben deshechar todos esos polvos, y únicamente puede uno permitirse el uso del de carbon sumamente fino para que no raye los dientes: este obra solo mecánicamente y no hay riesgo de que destruya el esmalte ni produzca ningun mal.

La manera mejor de usar el cepillo es llevándolo en la direccion de los dientes y partiondo de la encia al borde libre de la dentadura, pues acepillándose transversalmente se lastiman y destruyen esas porciones de encia que están colocadas entre los dientes.

2.ª *Se deben evitar los choques mecánicos.* Esta regla se dirige á los muchachos y los que se les parecen que tienen la costumbre de romper con sus muelas las cáscaras duras de algunas semillas, como nueces, piñones, etc., pues se exponen á desprender algunas porciones de esmalte y la carie de las muelas es entonces inevitable.

3.ª *Se deben evitar las impresiones de frio y de calor.* Esta regla parece que fué escrita para los mexicanos que acostumbran tomar el chocolate como se dice vulgarmente, á sorbo y sorbo, y beber inmediatamente un vaso de agua fria; item para los fumadores que continuamente tienen su boca como hornilla y estan produciendo en sus dientes cambios repentinos de temperatura.

4.ª *Se debe evitar la accion de los ácidos,* y aquí se incluyen los polvos de crémor, la acedera y otras sustancias comunmente empleadas para blanquear los dientes, porque segun antes hemos advertido, dan blancura atacando el esmalte, y producen la dentera ó lo que llamamos tener destemplados los dientes.

5.ª *Debe cuidarse de no recibir la impresion del frio en la cabeza cuando suda.* Ninguna regla tiene mas aplicaciones que esta, que hablando con todos, se dirige especialmente á las señoritas y á los que se les parecen que pasando una noche entera en mover sus piececitos á compás ó sin él que es lo mas comun, se exponen á las corrientes de aire frio de la mañana: á las elegantes señoritas que esclavas de la moda ya se nos presentan semi-desnudas desafiando las curiosas miradas y los sutiles y helados vienteccillos, ya con *mon ami*, capotas,

capucnas y que se yo cuantas cosas mas (de que corresponde hablar á Querrubín), como si apostasen á quien suda mas, ó á quien se desfigura mas. Item á los caballeros, que no teniendo sustancia en el interior de su cabeza se ocupan únicamente del casco y ya lo dejan mondo y virondo como de piritanos, ó ya con lueguas y desmedidas melenas como de leon africano, aunque á la verdad no salen de entre esas guedejas ruidos sino graznidos que se ha convenido en llamar canote. A todos estos y á otros muchos mas conviene la susodicha regla, pues que experimentando vicisitudes de frio y calor se ven espuestos á postemillas, fuxiones, etc. que destruyen poco á poco la dentadura.

6.ª *Se cuidará de quitarse con el limpia dientes las sustancias que introducidas entre las muelas pueden dañarlas entrando en putrefaccion.* Nada tenemos que agregar á esto sino que debe hacerse esta operacion con cuidado, para no lastimarse ni despegar la encia de los dientes.

7.ª *Despues de cada comida y en la mañana en algunas debería hacerse enjugatorio con el agua clara.* No es necesario dar las razones en que se funda esta regla, creemos que será claro para todos que en las circunstancias citadas es cuando se debe cuidar de limpiar los dientes y se recomienda en especial al levantarse de dormir, porque entonces es cuando se cubren de sustancias que pueden dañarles.

Aquí deberiamos compararnos de la higieine de la dentadura considerada en la niñez, es decir del cuidado que debe tenerse en la época de la aparicion de los dientes y de la manera de evitar sus deformidades, pero siendo difícil hacer populares estos conocimientos y escribiendo nosotros para todos (los que nos lean), únicamente nos limitaremos á decir por ahora que se debe favorecer la salida de los dientes en los niños tocando las encias con el agua de goma, linaza, la leche ú otras sustancias desinflamantes, y así se evitarán los dolores y muchos de los accidentes que hacen peligrosa la denticion. En segundo lugar debe tenerse presente que en muchos casos en que toman los dientes una direccion viciosa, puede corregirse este mal en una época temprana y se deberá recurrir á las personas que se ocupan en particular de este arte.

Terminamos nuestro artículo recomendando á nuestros lectores y especialmente al bello sexo la observancia de estas reglas; así, nuestras hermosas lectoras, se evitarán de las insoportables molestias de las enfermedades y

la dentadura y agregarán á sus gracias la de conservar sus pequeños dientes, limpios, iguales, de una blancura *ebloissante* (que deslumbra), firmemente colocados en una encía de un color rosado hermoso, como el de los labios



DON ESPIRIDION MACHUCA HERMANO DE LA CARIDAD. (1)

Plumer la poule sans la faire crier
Exige plus d'art que tout autre métier.

MALASPINA.



UAN cierto es por desgracia que las virtudes de los hombres, incluso las mujeres, pueden ser cómodamente numeradas con los dedos de una sola mano, y que sus vicios y defectos no pueden contarse ni aun por los cabellos. De aquí nace que cuando topamos con seres sensibles y benéficos, es decir, que practican la mayor y mas alta de las virtudes, que es la caridad, nos reconciliamos con la especie humana, y no creemos ya, tan firmemente á lo menos, que es el mundo la morada tan solo del egoismo y la maldad. Afortunadamente existe en este suelo bendito una especie harto numerosa, de hombres tan magnánimos, que no contentos con hacer el bien á sus seme-

jantes de uno en uno se han propuesto, y lo llevan á cabo, tender una mano bienhechora á ciudades enteras y aun naciones. Hay mas: el número de los ingratos necesitados crece diariamente, y ¡cosa singular se aumenta en la misma proporcion el de los benefactores de este nuevo género, por manera, que aquellos que socorren á las masas, es de suponer tengan enjambres de malquerientes y desgraciados. Nada les arredra, sin embargo, y lejos de desmayar ellos en la senda de la beneficencia, no duermen ni comen pan á manteles hasta ver convertida en nuevo paraíso (no se crea que por la desnudez) á la nacion á quien fué su ánimo auxiliar y hacer dichosa. Hale llegado su turno á la nuestra, lector hermano, bien lo sabeis. ¡Oh, almas privilegiadas! yo os venero

(1) El grabado en madera que acompaña á este artículo, es obra del mismo apreciable jóven que nos ha favorecido anteriormente con otros ejecutados tambien por él para este periódico.—RR.

á pesar del apodo con que la depravada muchedumbre os apostrofa. Y qué ¿no ha conocido el pio lector de quienes voy hablando? hay por ventura quienes hagan la caridad, no al menudeo, como es comun y corriente, sino por mayor, en grande, á no ser los que por instigacion del demonio llama el vulgo de los que han hambre-agiotistas?

A esta benemérita clase pertenece mi héroe, D. Espiridion Machuca y Prorateo, cuyo fiel retrato se mira á la cabeza de este humilde panegírico.

Yo bien sé que en este lugar se echan de menos algunas ligeras apuntaciones biográficas, para conocer en lo posible la bella alma del venerable Espiridion, ya que no es fácil olvidar su bienaventurado cuerpo en habiéndolo visto una vez, sea al natural ó en efigie.

Mas como quiera que se ignora la mayor parte de los acontecimientos de la niñez y juventud de Machuca, el lugar de su nacimiento, quien fué su padre, aunque de esto no tuvo culpa la madre, que de positivo se sabe fué honrada, si las hay, á prueba de bomba, nada puedo decir sobre estas menudencias. En verdad hablando, no tengo por accion propia de *sesudos homes*, el idear sucesos raros en vez de decir los verdaderos, ni el inventar razones nunca dichas por quien se supone, ni menos todavia hacer estribar la verdad histórica en el dicho de cualquiera farolero ó sacristan, que se dice testigo de todas los consejas que refiere. Y pues únicamente ha de decirse la verdad, por sencilla que fuere, me veo precisado á coger á mi héroe recio ya y entrado en años, lo cual si me hace pasar con los severos por biógrafo de medio pelo y poco inteligente, tambien tiene la ventaja de que ni yo desperdiciaré ni tinta ni el lector su saliva en puerilidades semejantes, y así quedarémos mutuamente convidados, Dios mediante, para la próxima entrevista.

Comienzo, pues, mi bosquejo, y digo: que conocí á D. Espiridion de comerciante en visperas de dar nuevo estallido ó sea quebrar por la tercera vez; derrotas mercantiles son estas, parecidas á las de aquellos generales que vencidos una y otra vez en los combates, salen no obstante gananciosos al fin de la campaña, cuya paradoja solo puede comprender quien haya leído nuestra historia; pero en obsequio de la verdad debo decir: que nunca fué mejor, cristiano Machuca ni manifestó mayor resignacion y sangre fria que durante los dias criticos, Acosábanle los acreedores por el pago de sus

respectivos créditos, con aquella constancia y entusiasmo de que usan generalmente los que alcanzan con los miserables alcanzados, y no pudiendo él satisfacer sus deudas en metálico, ¿qué hace? poseído de un espíritu de caridad cristiana, no comun á fe mia, entre deudor y acreedor, desaparece el dia menos pensado, y digo el menos pensado, porque se venian en el varias libranzas, y entra á hacer ejercicios espirituales. Llevó ánimo firme de mortificar su cuerpo y pedir á Dios que lloviese aguaceros de bendiciones, y aun pesetas, si era dable, sobre los desconsolados y boquilabiertos acreedores, es decir, en castellano claro, que fué á liquidar cuentas con Dios, tanto para salvar las apariencias, como por ver si le hacia las mismas quitas que los acreedores terrenales. Temiendo estaba el timorato comerciante que tambien en el cielo entendiesen de interés compuesto, cuyo interés segun Machuca opina desde que él lo carga, es de derecho divino y fundado en las sagradas letras, que respeta casi, tanto como las de cambio. Sacóle de esta incertidumbre el considerar que mal se aviene el uso de cálculos tan complicados como son los de interés compuesto, con el sistema que todavia rige en el cielo de llevar los libros en partida simple, lo cual collige D. Espiridion de haber leído y aun oido decir á hombres doctos: „el libro de los destinos, y no los libros del destino.”

Declarada la quiebra al salir Machuca de Ejercicios, y á pesar de haber quedado con algun metal, que por cierto no era estaño, para soldar despues la quebradura, pidió y obtuvo del paternal gobierno de aquella época el ser nombrado visita de una de las aduanas maritimas de la república, alegando, segun lenguas contemporáneas aseguran, lo quebradizo que fué de negociante. Si se reflexiona que Machuca era hombre entonces de devocion y virtud nada comunes, y que, despues de su último fracaso no despegaba los ojos del suelo sino para dirigirlos al cielo, se vendrá en conocimiento de que en el puerto se le pasaban por alto muchas cosas; así es que el nuevo gobierno le suplicó que viniese á esta su casa á explicar el motivo de tales distracciones.

Vino en efecto á la corte el buen Machuca; mas sin que se sepa cómo ni por qué la *sólida* virtud quedó triunfante y vimos todos que en vez de salir caballero sobre un mulo á visitar la fortaleza de Acapulco, se presentó en el paseo en un magnifico landó tirado por fieras, y mirando mas horizontalmente que solia.

En esta época gloriosa de su vida ejemplar, es cuando se manifestó mas encendida la ardiente caridad de Espiridión. Lejos de ser con la hacienda pública que fué la nodriza que le dió de mamar y le hizo gente, desnaturatizado y malagrado, como tantos hambrientos empleados que no cesan de maldecirla y acusarla de madrastra cruel, acudió constantemente á sus llamados, con una talega en cada mano y los amplios bolsillos del paletó llenos de recibos de pagas corrientes, para que así se verificase, no lo que el necio vulgo llama matar dos pájaros con una misma piedra, sino socorrer á dos menesterosos á la vez.

¡Generoso corazón, conducta filantrópica! que notablemente ha influido en la profunda veneración y estima con que son vistos hoy, así D. Espiridión, como los demás individuos de su seráfica escuela y compañía. Porque en efecto, quien sino ellos abre con sin igual franqueza el bolsillo á los particulares, y principalmente á los gobiernos vergonzantes! quien sino ellos llevaría la caridad hasta el extremo nun-

ca visto de comprar las resmas de papel ya escrito y borrageado que los empleados venden, casi, casi, cual si fuese blanco y riquísimo florere?

Ya se ve, con sobrada razon les llaman todos, con especialidad á mi Machuca: „pañó de lágrimas de los empleados, constantes y sinceros amigos del tesoro público, amparo de las viudas feas, (las bonitas no lo necesitan) y dignos de una vez, en obsequio de la justicia y de la virtud, no agiotistas, ¡Dios nos libre! sino HERMANOS DE LA CARIDAD, único nombre que conviene á una institución toda de beneficencia y amor al prójimo, inculcas sus faltigueras. Tan cierto es ello, que á no ser por el vientre á *la montgolfière* de Machuca y acaso por el paletó, pasaría probablemente por el S. Vicente de Paul de la nueva hermandad. Yo solamente una pequeña diferencia he notado entre estos hermanos y las de la Caridad, y es que *ellas* recojen al desvalido de la calle, y *ellos* tienen por oficio dejar á uno en *ella*. *Luz Deo.*—MALAESPIÑA.

¡A ESCRIBIR!



ONSTANTEMENTE se lo digo á este niño, Sr. Anónimo, me decía el bueno de D. Pánfilo al presentarme por primera vez á su hijo; pero el ha dado en que los críticos pueden hacerlo trizas, y tiene miedo de no poder igualar á tantos y tan claros ingenios como pululan hoy por esos andurriales y...

—Pues sí no teme mas que eso, hube de decirle, es el niño medroso en demasia. El niño que cuenta ya sus veintinueve abries bajo los ojos se encendió y prorrumpió con balbuciente voz en una frase de estilo en semejantes casos.

—Y no es eso lo malo, continuó Don Pánfilo, sino que por mas que yo le gritó: ¡a escribir! no quiere... y mire V. el tiene instrucción; en su niñez estudió latin y con ayuda de un diccionario y de alguno de sus condiscipulos medio

traduce algunas oraciones de Ciceron; el francés lo traduce con mucha exactitud, palabra por palabra, y de ingles sabe unas cuantas voces que pronunciadas á tiempo y con cierto aire... Al fin muchacho, le gusta darse importancia.—El niño se puso rojo de vergüenza... Diga V., prosiguió, si no tiene con esto bastante y aun de sobra para escribir.

—Indudablemente, le dije, es mucho saber para su edad.

—Y luego, dijo Don Pánfilo, se echa á pechos todos los vaudeville del teatro francés y ha leído los cien tomos de Zorrilla, y se deleita en saborear los atrevidos conceptos de este autor y...

—Pero por supuesto no ha tenido la necesidad dije yo, de leer á fray Luis de Leon ni á...

—No, no señor, dijo el niño, me parece que ya sé bastante; pero tengo un genio tan corto...

—¿Y á hecho poesias? preguntó.

—Sí, si, pero prosa es lo mas, contestó Don Pánfilo, tiene un estilo... Vamos, dijo, dirigiéndose al niño, lee tu composicion última...

—Pero papá... dijo el niño, y comenzo un ligero altercado en el cual tomé parte y que concluyó con obligar al jóven á leer.

—Como se llama la composicion, pregunté.

—*El ensueño de mi ventura*, dijo el jóven.

—No, no es eso, dijo Don Pánfilo, te hablo de aquella novelita titulada *La interdiccion*.

—Ese titulo, está en francés señor Don Pánfilo, yo lo conozco y creo que es el de una de las novelas de Balzac.

—Precisamente, dijo el buen hombre, la misma sino que mi hijo la tomó de allí y le hizo algunas variaciones.

—Pero el título, repliqué, está en francés.

—Ya se vé, dijo Don Pánfilo, si la obra es francesa... pero con lo que este le ha hecho es ya obra suya.

—Y así tiene V. miedo de igualar las obras de algunos preclaros ingenios nuestros contemporaneos? pregunté al jóven. Quite V. amigo; tiene V. todos los tamaños para ser un escritor de nota... lea V., lea V., sin miedo.

—¡A escribir! prorrumpió el viejo, ¡a escribir! ¿No te lo he dicho? Vamos, lee la novelita.

El jóven se escusó con no traer en el bolsillo los papeles, y el padre insistió entonces en la lectura del *ensueño de ventura*. Animado el novel escritor con mis ruegos sacó de la cartera un blanquísimo papel y leyó de esta manera.

„*El ensueño de mi ventura.*—Dulce sueño que embargaste un día mis sentidos fatigados, ven, ven á mi seno, yo te adoro, porque eres fugaz como el vislumbre blando de fulgente arrebol. Dulce sueño, yo te he visto doblar tus alas sobre mi aliento vacilante, como dobla ufana la cándida paloma su mirada de angustia sobre la aperlada yerba que baña con sus melódicos cantares el doliente ruseñor. ¡Dulce sueño!...”

—¡Qué dulzura! interrumpió D. Pánfilo, ¡qué voces tan suaves! y mirando entrambos que yo sonreía, callaron, gozoso el padre, satisfecho el hijo. Prosiguió: „¡Dulce sueño! En blancas ilusiones de oro pintaste mi porvenir; tu voz era blanda ¡oh sueño! como el ruido inverso de torrente gruñidor y eran suaves tus miradas, ¡sueño de mi ventura! como el torneado cuello del palpitante cisne; mas volaste ufano por el mar etereo de horizonte infando, pasaste cual pasa el raudido soplo de deslumbradora brisa sobre la sien agitada del arbusto tímido.”

—¿Qué le parece á V., Sr. Anónimo?

—Muy bueno, excelente, Sr. D. Pánfilo.

El jóven continuó.—„Era entonces mi edad, de esplendores, fulgente cual tibia luz de mirada angélica, lánguida y dulce como el cantar sonoro de pintadas aves que en vulgo pasaron sobre las ramas del fúnebre arrayan. Mi vida se deslizaba entre el ruido insano de mundanal orgia, y entre el bronco reir de cantadores cbríos sonó tu voz, mi sueño de ventura. Yo vi tus ojos radiantes como las pupilas frescas de la medrosa virgen del desierto, de esa virgen bella con el corazón de paloma y su aliento de aleli; yo te ví, yo te adoré sueño mio; eras bello como el lucero vespertino que se enfanga radioso entre el mar brillante de aromas y de colores que deja en su pos el sol. Eras puro como el aroma delicado de las flores que baña el rio; como la gota pura de virginal ambiente Mas alzate el vuelo ¡oh sueño! huiste de mis ojos y miré en mi rededor el vacío. Tu gigante gesto me revelaba amores y hallé en mi torso lágrimas amargas como el desconsuelo triste de lubrico deseo, lánguidas como suspiro que aturde al alma con son fantástico. Y cruziste ¡oh sueño! en blandó beso, y al volver al mundo solo hallé sinsabores y deleites de ponzoña que cubrían harapos de arrebol luciente; y te fuiste, sueño mio, y desperté al reir nefando de criminales turbas que sonaron á mis oídos como el batir de carnívoros buitres que con sus alas sombrean el prado... Sueño de mi ventura, tú has huido... ¿Por qué no sueño siempre? *Mexico...*” sigue la fecha, dijo el jóven, y la firma.

—Acabó V., preguntéle.

—Sí, sí señor, dijo D. Pánfilo, ¿qué dice V.? ¿Qué cosa tan bonita! que opina V. de la cardboard de este niño?

—Que es extremada cuando hace cosas tan estupendas, contesté.

—Lo oyes necio, lo oyes, exclamó D. Pánfilo. ¡A escribir hijo mio, a escribir!

—Escribiendo muchos como V., le dije en tono serio al jóven, se hace un positivo servicio á la literatura, porque (añadi para mi sayo) así se fastidiarán mas pronto los lectores y con la falta de estos morirán de consunción los escritores.

—Entiendes, decía D. Pánfilo, entiendes, no hay remedio, ¡a escribir!

—Si señor, a escribir, repeti yo; y para animar á V., esta composicion va á imprimirse en el Liceo.

—Mañana mismo, hoy, en este instante vas á tomar la pluma y a escribir; yo te lo mando, yo, tu padre, tu amante papá...